

# Prólogo

Este es un libro de no ficción, testimonial, indagatorio; pesquisa periodística. Y se comprende, pues su autor, Juan Carlos Roque García (1960), cubano residente por más de 20 años en Holanda, es periodista también de larga data, radialista para más señas, y siempre anda micrófono en ristre, mirada atenta, mente abierta y alerta, y corazón latiendo al ritmo de la vida que le rodea. Tempranamente experimentó en Cuba el documental sonoro, modo de hacer que con los recursos del medio radial recrea las historias de vida para hacerlas más atractivas y fáciles de asimilar por los públicos.

Desde ese medio se consagró a la observación constante y a la búsqueda de historias reales de lo nuestro americano. Devino, más de lo que ya era, oteador minucioso y sensible de sucesos relevantes en los ámbitos social, cultural y político, de nuestros países. En realidad, en cualquier ámbito, siempre que estuviera presente la noticia. Y siempre que hubiera, además, algún interés humano al que afiliarse y con el cual insuflarles eso, humanidad, a sus comentarios, entrevistas, reportajes a galope —a pie del hecho en desarrollo o acabado de ocurrir— y, sobre todo, series y documentales.

Por ese camino, el autor, reportero avezado, distinguió un buen día de 1998, mientras cubría para *Radio Nederland* el Festival de Cine de San Sebastián, en el País Vasco, España, a una joven colombiana, de Medellín, que de niña de la calle y vendedora de rosas ambulante, para sobrevivir y ayudar a su familia, se había trocado en estrella de cine y estaba allí, pisando una nunca soñada alfombra roja, con motivo de la presentación de la película *La vendedora de rosas*, del director también colombiano Víctor Gaviria, en la que era protagonista.

Cenicienta convertida en princesa. Nunca más cierto. O lo más grande con lo más chiquito, como acostumbrábamos a decir en cierta época en Cuba. Es decir, una actriz natural, de muy marginal —y para algunos condenable— origen, convertida en figura central de una película que le valió reconocimientos por su actuación, en los certámenes cinematográficos de Viña del Mar, Bratislava y La Habana, y le dio la oportunidad de participar como invitada especial en el Festival de Cine de Cannes, Francia, también en 1998.

Apagadas las luces en las pasarelas de aquellos eventos, emergió dentro y fuera de Colombia, más de lo que ya lo había hecho, la pregunta natural: ¿quién es ella, más allá del filme que le hizo saber a su país y a una parte del mundo que existía? “Me llamo Leidy María Tabares. Nací el 31 de mayo de 1982. Pero desde los 12 años pongo *Lady* cuando escribo mi nombre, como *Lady Di...*” Comerciante informal, la define la enciclopedia *online Wikipedia*, por sus inversiones en esa actividad, hasta ahora no muy exitosas. Una mujer, también según ella misma, cuya vida es una película, historias contadas en la radio, en libros y en una serie de televisión; que ama su soledad, que asegura no haber nacido

para ser famosa y, si bien agradece a la fama algo de bien material, más le reprocha las desgracias vividas después de experimentarla.

En este libro —indagación periodística, como ya he dicho— el autor parece pretender justamente eso; descubrir, llegar a saber lo más y mejor posible quién es *Lady* Tabares, y revelárnoslo, hasta donde se puede, por supuesto, hacer algo así, con ella o con el menos críptico de nuestros semejantes. Es decir, limitadamente, porque como bien se afirma, nadie es de un único modo, sino que somos como creemos ser, como nos dicen que somos y como realmente somos.

Una indagación en la que destacan la constancia y paciencia del investigador, quien entrevistó por primera vez a *Lady* Tabares en 1998, en San Sebastián, durante el festival, y sostuvo con ella la conversación más reciente —de manera formal, presencial, sin tener en cuenta muchos otros contactos por teléfono y correo electrónico hasta hoy—, a mediados de 2015 en su casa de Bello, Medellín. Y en la que sobresalen asimismo entrevistas realizadas mientras *La vendedora de rosas*, entonces sin rosas que vender, se encontraba en la cárcel por un crimen, un asesinato que la justicia colombiana dice que sí y otros —como ella misma, por supuesto; su abogado, el cineasta Gaviria y el propio Juan Carlos Roque, más otros amigos y simpatizantes— aseguran que no cometió o pudo no haber cometido, basando esa negación en algo más que dudas razonables pese a las cuales hoy continúa cumpliendo una larga sanción de privación de libertad, en su domicilio desde 2014, luego de extinguir 12 años tras las rejas.

Édgar Domínguez, periodista, escritor y autor de *La niña que vendía rosas*, biógrafo de Lady, dice al autor de este libro, refiriéndose al trato dado por el sistema judicial colombiano a *Lady*: “En este país tendemos a encontrar chivos expiatorios, a victimizar personas, (...) a culpabilizarlas más allá de cualquier ordenamiento jurídico...”, y refiere como contrapartida, en su biografía, la condición de persona fuerte, recia, capaz, arriesgada y rebelde, resultado probable de un poco de educación monástica que recibió tempranamente, luego de escapar de su casa, y del vivir, también desde temprano, en la dura calle.

“Ella se topó con unos fiscales, con unos jueces que todavía quieren castigarla. (...) O sea, que no le perdonan el hecho de que una niña sin estudios, ni primaria terminada, sin ningún mérito de nada, pues llamara tantísimo la atención, se convirtiera en un símbolo”, afirma por su parte Víctor Gaviria.

La victimización de *Lady* Tabares —¿también de muchas otras mujeres en su piel?; ¿de cuantas más en Colombia, en América? — no es solo la extrema de la cárcel, donde pasó parte del embarazo de uno de sus hijos y comenzó a criarlo, sino, además, la ejercida por ese lado de los medios de comunicación —el “lado oscuro”—, de su propio país, sobre todo, para el cual la desgracia humana, si vende, no importa que sea desgracia, ni cuánta sea, más bien al contrario. Desgracia que también puede resultar, y de hecho resulta, en los juegos y rejuegos mediáticos asociados a intereses mercantiles, de la banalización de la persona, de la puesta al sol de toda su vida y de la deconstrucción y suplantación simbólica, en el imaginario público, en correspondencia con tales intereses.

Atento y sensible a eso, el periodista Juan Carlos Roque, con la inclusión en este título de entrevistas realizadas en distintos momentos a lo largo de casi 20 años a la protagonista de *La vendedora de rosas*, al director de la película que la hizo famosa, a su biógrafo, a algún que otro amigo de ella y, además, con transcripciones de materiales audiovisuales, despachos de agencias de prensa, entrevistas de colegas de medios colombianos y de otros países, intenta re-construir una *Lady* fragmentada, o a veces distorsionada, omitida, casi invisibilizada, pese a empeños como el suyo —que aquí mismo se citan o cuando menos se mencionan— de presentarla tal cual es, realmente. O no lo intenta él solo, sino que, toda vez que la vida y la saga de *Lady* Tabares continúan, y su realidad está tan ceñida por el reflejo mediático y por el imaginario colectivo de todo un país, pues más bien lo que parece trazarse como meta es que cada uno de nosotros, lectores, en colaboración con él nos armemos nuestra propia *Lady*, con la mayor honradez, objetividad y justicia de que seamos capaces.

“Me sumo con este libro al intento de transparentar lo que según ella otros han teñido a su antojo de los colores más diversos”, dice Juan Carlos Roque. Así que, más que deducible, su intención es manifiesta.

Desde el punto de vista formal, para lograr lo que todo escritor quiere con sus libros —que los lean—, utiliza entre otros recursos el viaje hacia atrás en el tiempo, mediante la revisión junto con la protagonista, en una computadora, de parte de lo publicado sobre ella, por otros y por él mismo, incluyendo mientras estuvo encarcelada. “Quiero que me cuentes tu historia (...), pero en sentido contrario al de las manecillas del reloj”, invita a su entrevistada. Estilo entre *making of* y *flash back*.

Quizá se eche de menos en este volumen la inclusión de información, pasajes, anecdótico, de la vida de *Lady* Tabares como niña de la calle, pero pienso que, conscientemente, el autor decidió que así fuera, teniendo en cuenta que antes existió, existe y es muy conocida la película *La vendedora de rosas*, vista y vuelta a ver ya por más de una generación, en Colombia y allende sus mares, y que, además han sido publicados el libro de corte biográfico “*Lady* Tabares: La niña que vendía rosas”; la serie de televisión “*Lady*, la vendedora de rosas”, producida por *RCN Televisión* y *Sony Pictures Television*, y basada en el libro de Domínguez, y el documental “*Lady*, mi historia”, de la periodista Natalia Orozco.

Las causas de que en la calle Niquitao, del barrio medellinense de Colón, en Colombia y en otros países de la región haya niños de la calle, abandonados, famélicos, a merced de la droga, la prostitución, el pandillerismo y otros demonios, son las mismas por las que todavía, a pesar de haber sido famosa —estrella de cine, Cenicienta convertida en princesa hasta las 12—, a pesar de haber intentado superarse a sí misma una y otra vez, *Lady* Tabares, de distintas maneras, siga sufriendo ser eso: una niña de la calle, similar a los personajes de aquella otra película del español Luis Buñuel, “*El ángel exterminador*”, en la que los personajes querían salir de una casa de puertas abiertas, pero siempre que parecían decididos a hacerlo, algo los hacía quedarse, “algo”, no se sabe qué —¿no se sabe? —los mantenía allí, condenados, al parecer hasta siempre.

Para *Lady*, quien considera que en la vida todo pasa y que “solo hasta que lo vives puedes comprender lo que es estar en el zapato del otro”, su propia historia entraña una moraleja que, a petición de Juan Carlos Roque, ella resume así: “No duden que

en esta vida estamos de paso, no teman equivocarse, pero tengan la firmeza de volver a levantarse y sentir seguridad de que se puede ser mejor si aceptamos esos errores y aprendemos de ellos”.

¿Cómo explicarnos a quien así discurre? Víctor Gaviria, quien la conoce bien, le dice al autor de este libro ahora en sus manos: “Tenemos que entender qué (*Lady* Tabares) es ese personaje, único de la vida nacional, que no sabemos si es ficción o es real, pero un personaje que ciertamente nos está diciendo quiénes somos nosotros”.

**Heriberto Rosabal**

*La Habana, 30 de abril de 2018*